

ACADEMIA PERUANA CORRESPONDIENTE
DE LA REAL ESPAÑOLA DE LA LENGUA

HOMENAJE
A
SAN JUAN DE LA CRUZ

G-F 10917

LIMA, 1943
R. VARESE
IMPRESOR



R.103660

DGCL
A

ACADEMIA PERUANA CORRESPONDIENTE
DE LA REAL ESPAÑOLA DE LA LENGUA

SESION EN HOMENAJE
A
SAN JUAN DE LA CRUZ

EN EL IV CENTENARIO DE SU NACIMIENTO

16 DE DICIEMBRE DE 1942

LIMA, 1943
R. VARESE
IMPRESOR

C. 173042
t. 132448

Discurso de orden del Académico recipiendario

D. José Jiménez Borja

Excelentísimos Señores:

Señoras y Señores:

Celebra este año la cultura hispánica, y con ella toda la occidental que puede sustraerse al paroxismo de la guerra, el cuarto centenario del nacimiento de San Juan de la Cruz, el más alto valor de la teología mística cristiana y el poeta religioso más puro, fino y recóndito de la literatura española. Su gloria, tan admirablemente ensanchada a través del tiempo, desde los humildes fulgores que despidió al principio, alcanza desde el pasado siglo luminosa amplitud y llega a esta conmemoración con el tributo de todas las corrientes ideológicas y estéticas, entre las que sobresale la nueva poesía cuyo sintetismo cerebral e imaginismo ferviente encuentran en el lejano maestro un mensaje que parece de hoy. La Academia Peruana Correspondiente de la Real Española de la Lengua no podía eximirse de la pleitesía universal y me ha designado, con singular indulgencia, para que haga el elogio del santo y sensitivo carmelita.

Cumpliré, dentro de mis modestos alcances y con acatamiento a los precedentes más doctos de la crítica, tan honroso encargo; pero siendo ésta la primera oportunidad en que uso de la palabra en la Academia, es forzoso que mi discurso sea al mismo tiempo de incorporación. Ello me obliga a agradecer de nuevo, esta vez públicamente, mi elección a la vez que me proporciona el placer de rendir homenaje previo a una de las figuras desaparecidas más nobles y selectas de nuestra literatura, poeta, novelista, crítico, cronista, diplomático, gran señor de la vida y del arte, corazón transido y generoso, que fué miembro de número de esta Corporación y que se llamó Enrique A. Carrillo. Cuantos gozaron del privilegio de su trato recordarán con melancolía su caudaloso y penetrante talento, su ironía benévola y su cultura exquisita, a más de la armonía de sus sentimientos y maneras. La historia literaria recogerá y dará justiprecio a su obra sobre la cual

no puedo precisar ahora sino un rapidísimo apunte. **Apice** es el libro que contiene el florilegio de la poesía de Carrillo, en realidad mucho más amplia y varia y que corre dispersa a lo largo de su vida. De acuerdo con la elegancia de su espíritu y de su estilo, no quiso que ascendieran hasta a aquella pulcra cima sino los más depurados versos, renunciando a los que juzgaba medianos o insistentes, lo que hace a este volumen un raro ejemplo de homogénea decantación. Todos los poemas que él encierra tienen calidad y son representativos de la múltiple vibración lírica con que su autor cruzaba por el mundo. La primera y más constante sensación que emana de esta poesía es el buen tono, aquel señorío exacto que recorta las palabras, las imágenes y las emociones y les proporciona cinética gracia, sin forzar ningún movimiento. Esta discreción venía por igual de las fuentes de gusto clásico y de su familiaridad con la poesía francesa contemporánea, de Samain a Valery, cuya influencia lo hierde como a un vaso transparente. Elementos visuales y musicales son recogidos y estilizados dentro de una atmósfera impresionista que esfuma las formas y troquea toda realidad en belleza. Un suave desencanto reemplaza por lo general a la elegía íntima cuya fluencia subterránea a veces conmueve la estrofa. La dicción poética, gentil y acorde siempre con el tema, discurre con tersura, sobriamente, esmaltando la forma. La prosa de Carrillo es condigna de este lirismo. Dispuso para la novela, la crítica y la crónica de una señora maestría. Su conocimiento del idioma, su sentido de la eurytmia verbal, su don para los matices, lo hicieron señorear sobre estos tres géneros y particularmente sobre el último. En **Cartas a una Turista** ensayó la novela con eficacia sobre varias cualidades del relato imaginativo y dejó planteados problemas de observación de la vida peruana que él ni posteriores novelistas desarrollaron como la riqueza que el asunto y la escasez de novela entre nosotros lo exigían. A la crítica, como lo prueba entre otras muchas piezas su inolvidable discurso de incorporación en esta Academia, llevó, aparte de su vasto humanismo, penetración, madurez y aquel sagaz equilibrio entre lo tradicional y lo novísimo que caracteriza toda su obra. Pero donde la prosa de Carrillo se volcó más generosamente fué en la crónica periodística. Allí, bajo el título genérico de **Viendo pasar las Cosas**, aprisionó lo efímero y cabrilleante de la vida, perennizando el minuto y dándole perfiles de ironía, con un estilo mundano y amable, al parecer intrascendente, donde se agolpa su rica personalidad. Como diplomático y como hombre civil, Carrillo hizo honor a su patria y le ofrendó sacrificio, dignidad y talento. Alma elegida, no solamente

luchó por su propio destino y cumplió, casi con heroísmo, la difícil misión de listelectual y del artista en el Perú, sino que tuvo la preocupación de su país y supo darle oportunamente lo mejor de sí mismo.

El extático y sutilísimo Doctor cuyo cuatricentenario celebramos, nació en Fontiveros, provincia de Avila, en 1542. Sus padres, aunque de noble origen, eran modestos artesanos y Juan de Yepes tuvo por maestra inmediata a la pobreza, agravada por la muerte temprana del padre y por ser el tercero de tres hijos menores. La madre se yergue allí como la figura dulce, inteligente y providencial del cuadro. Emigró con sus hijos en busca de trabajo por la meseta castellana, ganó a jornal la vida de todos ellos, los educó y comprendiendo la vocación religiosa de Juan lo acompañó fielmente en sus trabajos de misionero y de Reformador. El niño no demostró capacidad para los oficios de carpintero, sastre, entallador y pintor, que ensayó sucesivamente, pero sí para los estudios cuya pasión lo llevaba a leer hasta altas horas de la noche. Era por otra parte, un rapaz agudo y animado que gustaba del juego y del campo. Recibió las primeras mercedes de la Virgen precisamente en aquellas aventuras de infancia pues salvó dos veces, por milagro, de perecer ahogado. El ideal de los estudios lo realizó en el Colegio de los Jesuitas de Medina del Campo, donde cursó Gramática y Retórica, gracias a un noble protector. La certera formación literaria que recibió en este colegio fué decisiva para su obra de más tarde, cuando demostró ser un eximio arquitecto del verso. Aquí aprendió los secretos de la métrica, retuvo en su memoria las estancias íntegras de Boscán y Garcilaso y adquirió aquel casticismo que aparece desde su primer libro y que no cede sino por excepción a la explicable influencia latina. A los veintiún años tomó el hábito de carmelita con el nombre de Juan de Santo Matía que llevó hasta la iniciación de la Reforma. Al año siguiente, sus superiores determinaron que pasase a Salamanca donde en el Estudio General de su Orden y en la famosa Universidad, cursó Filosofía y Teología y se ordenó de sacerdote en 1567. Estas ciencias tan altas y sistemáticas a las que alcanza el futuro escritor contemplativo, explican una categoría de su obra, pues no solamente va a ser el gran experimentador de aquella suprema ascensión del alma sino su más profundo teórico, caso único, en aquel grado y equilibrio, dentro de la teología mística. Concluídos los estudios académicos, retorna a Medina del Campo y proyecta esconderse del mundo en algún recogido cenobio para vivir como anhela su espíritu, cuando se encuentra con una monja de corazón inflamado por las cosas eternas que le hace cambiar de plan y

lo endereza hacia la lucha entre las tempestades humanas por un alto ideal de virtud. Ese ideal era la reforma de la Orden del Carmelo que Santa Teresa había emprendido en la rama femenina y que buscaba se comenzase también en la de hombres. Los carmelitas habían atenuado durante el siglo XV los preceptos de su severa regla; pero ahora el movimiento de la Contrarreforma, sentido con intensa responsabilidad, impelía a los sectores más escogidos de la Iglesia a la acción inmediata que debía comenzar por devolver a la vida monástica su estricta y primitiva observancia. Junto a los carmelitas calzados aparecen así los descalzos. Fray Juan de Santo Matía se convierte en San Juan de la Cruz y en una vieja y destartalada casa de la aldea de Duruelo, donde la paja sobre el piso es único regalo para el descanso, funda el primer convento de la Reforma. Muchos frailes le siguen y las fundaciones comienzan a multiplicarse; mas al mismo tiempo se levanta el recelo y la persecución contra el organizador de la nueva vida monacal. Los partidarios fanáticos de la regla mitigada conspiran contra fray Juan y gente en armas lo aprisiona y lo conduce al convento de Toledo. Allí pasa largos meses en un calabozo oscuro e insalubre, recibiendo un trato inicuo y escapa al cabo de ocho meses, portentosamente. Devuelto a su obra, la continúa sin descanso, entre las discordias que le arman su contrarios, hasta que el Sumo Pontífice legitima la Reforma y permite su pacífico ejercicio. Alcanza entonces altos cargos dentro de la Orden como Definidor General y prior de Granada. Antes ha pasado tremendas luchas corporales y anímicas, ha sufrido injurias, golpes, cárcel, con una indeferencia serena que sólo puede comprenderse por la fuente secreta de su vida en la presencia de Dios; pero también ha tenido compensaciones extraordinarias al ver que su empresa se robustecía cada vez más y era vigorosa para resistir el infortunio. Entre los goces tranquilos que tuvo en este período, haciendo paréntesis a la contienda, estuvo su cargo como capellán de las monjas de Avila entonces dirigidas por la propia Santa Teresa. Su estada en Andalucía es la parte más serena y fecunda de su vida. Estimulado por la belleza de aquel vibrante paisaje y con la paz con que marchan los negocios de su Orden, funda conventos y colegios, reforma y acrecienta comunidades y, lo que es más interesante para nosotros, realiza sus obras literarias principales. **La Noche Oscura** y **la Llama de Amor Viva** fueron escritas en el convento de los Mártires de Granada, erigido junto a la Alhambra, en medio de la vega exuberante, y terminadas **La Subida** y **El Cántico Espiritual**. Pero su deseo era volver a Castilla donde había dejado iniciadas mu-

chas empresas y donde la aguardaban las últimas luchas de su vida. En 1588 está de nuevo frente al severo panorama castellano y luego de una rápida visita a Madrid se encamina a la fundación de Segovia. Se propone dirigir pacíficamente el convento establecido, en cuya fábrica interviniera como humilde operario, cuando nuevas disputas trastornaron a los Carmelitas. Santa Teresa ha muerto. Falta su gran autoridad conductora. Intransigentes banderías remueven las antiguas pasiones. Un poderoso grupo desencadena la última persecución contra Fray Juan. El santo es enviado al destierro de La Peñuela, pequeño convento perdido en la Sierra Morena donde poco a poco enferma de misteriosas calenturas. Para que recobre la salud le dan a escoger entre dos destinos: uno en Baeza, al Colegio por él fundado y donde es bien querido; y otro en Ubeda, lugar que desconoce y donde no tiene amigos. Sin titubear escoge este último porque era parte de su ser buscar toda ocasión de penitencia. Al crucifijo que le habló y le dijo "Pídeme lo que quisieres", le respondió al punto: "Señor, lo que quiero es que me deis el trabajo de padecer por Vos, y que sea yo menospreciado y tenido en poco". En Ubeda le reciben fríamente y le dan dura tarima para el descanso en la más estrecha celda del Convento. Fray Juan no pide nada y sufre en silencio mientras vuela la fiebre y las carnes se abren en llagados manojos. El sufrimiento del enfermo y la luz de bondad que se asoma a sus ojos, conmueven a los frailes que lo consuelan y lloran su gravedad definitiva. San Juan de la Cruz murió en el Convento de Ubeda a la hora de maitines del 14 de diciembre de 1591. Era un hombre menudo y fino, de mirada profunda y dulce, en quien la acerada voluntad no era óbice para las suaves maneras y la aspiración a lo sobrenatural no impedía sino antes bien se articulaba con su delectación por lo tierno o lo resplandeciente del universo. Era afectuoso y cordial con sus amigos y en especial con sus frailes. Una antigua relación conventual dice: "Algunas veces, para alegrarnos, mezclaba entre las cosas de Dios otros indiferentes de honesta recreación y cuentos graciosos". Y todos sus contemporáneos están de acuerdo en su dilecta afición a la naturaleza y particularmente a las aguas corrientes, las noches estrelladas y las peñolerías de las montañas, su "soledad sonora", en la que encontraba la música ardiente y grandiosa que la mayoría de los hombres no puede o no sabe escuchar.

La obra de San Juan de la Cruz comprende **La Subida al Monte Carmelo, La Noche Oscura, El Cántico Espiritual, La Llama de Amor Viva, las Poesías, el Epistolario, Los Avisos y Sentencias, Las Cautelas**

y **Documentos Varios**. Los volúmenes fundamentales son los cuatro primeros en que está encerrado su sistema místico-teológico y en que alcanza desde el punto de vista literario su mayor excelsitud. Trataré de exponer el primero para analizar luego esta última. Parecerá atrevimiento penetrar en las honduras del misticismo sin la técnica científica que requiere, pero a ello me animo porque la Orden del Carmelo y en particular el P. Crisógeno de Jesús Sacramentado han hecho divulgación inteligentísima de la materia y porque el mismo santo se propuso hacer magisterio didáctico para que todo se tornase claro y asequible, al revés de lo considerado en otros sistemas en que el misticismo, de acuerdo con la raíz etimológica de la palabra que significa **secreto**, debía ser disciplina impenetrable, de rara iniciación. El misticismo en el sistema carmelitano sigue siendo "callado y secreto" sólo en cuanto el alma privilegiada no tiene porqué declararlo en ostentaciones inútiles, pero no en cuanto se expande en un llamamiento general por medio de "avisos y doctrina" según lo declara San Juan de la Cruz "así a los principiantes como a los aprovechados". Y él era el único que podía cumplir una misión semejante. En él se juntaban la experiencia y la ciencia. Antes de su intervención unos místicos habían tenido la sola experiencia; otros eran sólo teorizantes; y otros juntaban de manera desigual ambos elementos. La misma Santa Teresa, con todo su genio, ofrecía únicamente el testimonio de lo que había visto o sentido y no se proponía un fin científico. San Juan de la Cruz armonizaba, pues, las dos realidades y era capaz de llegar al principio discursivo por el examen analítico directo de los fenómenos. Mentalidad rigurosa y geométrica, dotada, además, del poder insigne del verbo y de la sugestión del arte. estaba predestinado para ofrecer una especie de Suma precisa y clara de los sistemas y de hacer del suyo el decisivo para la espiritualidad no sólo española sino universal.

Es la Mística, según la definición del Padre Seisdedos Sanz, el conjunto de "relaciones sobrenaturales secretas por las cuales eleva Dios a la criatura por sobre las limitaciones de su naturaleza y la hace conocer un mundo superior, al que es imposible llegar por las fuerzas naturales ni por las ordinarias de la Gracia". Representa el don más grande que el Hacedor puede otorgar al hombre, tiene carácter portentoso y alcanzarlo depende exclusivamente de la voluntad divina. Sin embargo, aproximarse o hacerse digno de él, depende de la iniciativa humana por un conjunto de operaciones que constituyen la vida ascética. El ascetismo, cuyo origen etimológico está en el verbo griego que quiere decir **ejercitarse**, es la primera vía de la ascensión

y no falta en la obra de San Juan de la Cruz. Siendo ésta esencialmente mística, con gran sentido práctico arranca desde la etapa purgativa o ascética para alcanzar luego las etapas iluminativa y unitiva que son las propiamente místicas. Aquella iniciación está maravillosamente precisada en la "Subida al Monte Carmelo". El alma debe seguir por un estrecho y empinado sendero hasta la cumbre en que se asienta la divinidad y donde gozará de una beatífica anticipación de la gloria. Allí se allegará a Dios por la unión transformativa y todo lo que realice antes debe ser preparatorio de esa unión. Por lo tanto, una sola es la idea central del sistema: elevación del hombre hacia Dios. Y de aquí el rigor y la coherencia lógica de todos los demás elementos doctrinarios, ordenados y sujetos al primero. Así, supuesto que el fin último es la unión, tenemos que derivar inmediatamente la "necesaria semejanza entre los términos que se unen" porque "dos cosas contradictorias no podrán abrazarse nunca". El alma prisionera del mundo sensible sufre de dos efectos que la hacen inevitablemente opuesta a Dios, privativo el uno, positivo el otro. El amor que se detiene en las criaturas tomadas como fin corta la relación que hay entre éstas y el Creador. No importa que esa relación continúe desde el punto de vista ontológico si desde el punto de vista del amor todo se agita en torno de la criatura amada, se recoge y se agota en ella. Las criaturas no participan de la esencia del ser divino y son únicamente como su bella y temblorosa sombra. El que se abraza a la sombra, mientras está abrazado a ella, no podrá abrazar la realidad que la proyecta. De este modo el q' se abraza a las criaturas exclusivamente está imposibilitado para abrazar a Dios. El otro efecto consiste en que las criaturas comunican al alma sus propiedades en ese mismo orden de prescindencia de Dios por el gran poder transformativo del amor q' los filósofos reconocen y los poetas cantan. La solución se plantea unívoca y radical por el procedimiento severo de las *Nadas* que ha dado injusta fama de atormentado y tétrico a San Juan de la Cruz. Las *Nadas* consisten en negar la realidad sensible como objeto de la voluntad y del amor; pero no en la aniquilación de un nihilismo desesperante, sino en la jerarquía de un valor supremo que la reordena y la comprende. "Al todo por la nada". De primera intención, las cosas terrenas se pierden de vista mientras se va subiendo por la escarpada pendiente; pero en la cumbre está la luz que ilumina a todas ellas y que proporciona la exacta medida en que pueden ser gracia y consuelo, utilidad y deleite. Un proceso semejante pero más complicado se sigue en el mundo interior. A la meditación, cargada de representaciones y discursos conexos con

el mundo sensitivo, debe continuar la contemplación que es inteligencia pura, libre de toda gravitación temporal y espacial, verdadera vida del espíritu y que se cumple en “paz y quietud y descanso y sin actos y ejercicios de las potencias, memoria, entendimiento y voluntad, a lo menos discursivos, que es ir de uno en otro, sino con la atención y noticia general amorosa, que decimos, sin particular inteligencia”, según palabras del sublime Maestro. La inteligencia pura no está concebida como abstracción filosófica, como el concepto universal e indistinto q' abarque la infinitud de Dios, sino como la pacífica y amorosa infusión de la fe en el espíritu. La fe es el único elemento de semejanza entre el hombre y Dios que es capaz de producir la unión pues la fe en este sistema no está considerada como un simple hábito intelectual sujeto a aparecer y a desaparecer accidentalmente, sino como una realidad que trasciende el orden creado y que permite contemplar no una imagen o un concepto de la divinidad sino su misma esencia tal como se percibirá en el Empíreo a través del **lumen gloriae**. Pero para llegar a aquel estado habrá mucho todavía que recorrer. Terminada la vía purgativa será forzoso continuar por la iluminativa representada paradójicamente por las tinieblas y expuestas en la **Noche Oscura del Alma**. Con ello penetramos al campo de la mística propiamente dicha porque si bien la primera oscuridad de las dos que se distinguen consiste en la renuncia voluntaria a la vida del sentido, la segunda carece de voluntad y consiste en una influencia gratuita de Dios que priva al alma de la luz y la deja envuelta en apretadas sombras, en sequedad y tormento. Noche Activa y Noche Pasiva, en esta pasividad está su carácter místico porque su advenimiento se produce al margen del desarrollo natural de la gracia, por extraordinaria elección. Iluminación profunda en la alta noche, la aparente contradicción se resuelve porque penetrando la oscuridad en las esencias del espíritu ciega hasta las últimas lucecillas del sentido y hace posible que aquél, “sin ruido de palabras”, en aislamiento y quietud, escuche la enseñanza directa, “la inteligencia substancial, desnuda de imagen”. Pero este proceso es largo. Durante él sufre el alma de aridez porque ha perdido de un lado el amor de las cosas terrenas y de otro no tiene todavía la plenitud de las fruiciones divinas, y sufre el trágico vaivén de un combate porque las virtudes de Dios en extremo perfectas luchan con las virtudes del alma, en extremo imperfectas. Pero de pronto se abren las suaves claridades de una mañana próxima y penetra el alma a una región radiante en la que se producirá la unión transformativa. **El Cántico Espiritual y la Llama de Amor Viva**

contienen la doctrina de esta parte con que se cierra el sistema. Luego de las **Nadas** y las **Noches**, San Juan de la Cruz nos conduce a los raudales del gozo y de la luz. Se ha dicho de su obra que representa el aspecto negativo del misticismo cristiano; y ello sería cierto si solo hubiera escrito **La Subida** y **La Noche Oscura** y no existieran aquellos otros dos libros de contenido féerico y triunfal. Ingresas el alma, en efecto, dentro de esta luminosa llanura con la alegría e impaciencia de encontrar pronto a Dios cuya proximidad todas las cosas le confirman. Enardecidamente, siguiendo los rastros de su paso, acorta las distancias y se sume, por fin, en la unión transformativa. Es unión de amor y por lo tanto transforma. Recibe el alma las propiedades comunicables del ser divino, no por reflejo sino por ingerencia real, participando de ellas como el aire inflamado dentro de la llama participa de su incandescencia. Por más estrecha que se concibe la unión, sin embargo, se cuida de no hacerla indentificativa o consubstancial sino por el contrario, muy de acuerdo con el individualismo español y lejos de los iluministas y quietistas, se mantiene la autonomía psicológica del alma que con realismo también muy español, ve, siente, saborea, se conoce. Al individualismo y realismo saludables del carácter nacional, se debe añadir el activismo que reclama obras y no pura inmersión contemplativa. Santa Teresa ya lo había dicho desde la última de sus **Moradas**: "Para esto sirve este matrimonio espiritual, para que nazcan obras, obras". Coincidencia del genio de la raza con los más sublimes principios universales y que, repetida una vez más, sirve para sellar con triple distintivo el maravilloso sistema de la mística carmelitana.

Además de su preclara significación religiosa, San Juan de la Cruz es profundo y originalísimo poeta lírico y prosista elegante, poderoso y exacto. Su obra poética es breve, se reduce a la **Noche Oscura**, al **Cántico Espiritual**, a la **Llama del Amor Viva** y a unas pocas composiciones más que el autor no parafraseó y que poseen también una hermosura selecta. Pero a pesar de esta brevedad, la alta crítica ha sido unánime en darle el puesto supremo en la poesía sacra de nuestra lengua y en reconocerle más intensa emoción lírica y la condición de poesía pura más lograda y perfecta del siglo de oro castellano. Luego de juzgar a Fray Luis de León, en su célebre discurso sobre la poesía mística, dice Menéndez y Pelayo que "sólo hay una poesía más angélica, celestial y divina, que ya no parece de este mundo ni es posible medirla con criterios literario" y que es la de San Juan de la Cruz. Piedad ardiente que hiere y traspasa, elevación que penetra en

las esferas de lo sellado e infable, hondura teológica que recoge toda la sabiduría del cristianismo, su estrofa es como un viento estremecido que viniese desde las montañas y los bosques del Antiguo Testamento. No obstante, críticos que estiman su mérito a lo divino, gustan también examinar el aspecto puramente profano de su poesía. En Efecto, si por una injusta bisección partiésemos la poesía de la prosa en sus obras mayores y sólo leyésemos la primera, encontraríamos que ésta tiene un valor intrínseco, independiente del comentario o declaración en prosa que se hace a cada verso, desentrañando su sentido profundo. Es desde luego una poesía escrita en lenguaje terso y escogido, con la musicalidad insinuante y por entonces ya muy depurada del verso italiano, en liras impecables, con el hechizo de las mejores de Garcilaso:

*Pastores, los que fuerdes
Allá por las majadas al otero,
Si por ventura vierdes
Aquél que yo más quiero,
Decidle que adolezco, peno y muero.
Buscando mis amores,
Iré por esos montes y riberas,
Ni cogeré las flores,
Ni temeré las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras.
¡Oh bosques y espesuras,
Plantadas por la mano del amador!
¡Oh, prado de verduras,
De flores esmaltado,
Decid si por vosotros ha pasado!
Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura,
Y yéndolos mirando,
Con sólo su figura
Vestidos los dejó de su hermosura.*

De Garcilaso y su escuela no se desprende, sin embargo, sino esta melodía externa y el gusto por lo refinado del aire, la mórbida estilización del universo. El fondo proviene, más bien, de los libros bíblicos y más justamente del **Cantar de los Cantares**. Aunque nacido como Garcilaso en Castilla, su sensibilidad es meridional.

nal, coincide con los opulentos colores del paisaje andaluz y por analogía con el oriental de la poesía salomónica. Con esa cálida receptividad, transporta al poema su información de las cosas y las refunde en una creación plástica exquisita. El mundo así reconstruído podría dirigirse al poeta y decirle como la Amada al Amado del Cántico:

*Ya bien pues mirarme
Después que me miraste.
Qué gracia y hermosura
En mí dejaste.*

Este mundo poético se esfuma en una atmósfera de misterio que le da el mayor de sus encantos. Sea por el crepúsculo matinal en que se desarrolla la más enigmática de las églogas, sea por la llama que cauteriza produciendo deleite, sea por la tiniebla con luces que guía por la secreta escala, sea por mil elementos más, unidos a lo cortado, tajante de los segmentos, no obstante su lógica ensambladura, lo cierto es que nos sentimos sumergidos en un sueño metafísico. Pedro Salinas lo explica por la evasión de la realidad. Para Salinas el Poema del Cid es la reproducción de la realidad: Jorge Manrique y Calderón de la Barca representan su aceptación filosófica; Garcilaso, su idealización; Góngora, su exaltación; y Fray Luis de León y San Juan de la Cruz el escape de su manido contorno. El plus ultra de los descubridores y conquistadores es válido también para las almas y dignifica de aventura gallarda una centuria. San Juan de la Cruz es un descubridor y un conquistador a su manera. Más allá de lo natural y sensorial, se pierde por su noche milagrosa en busca no de Cipangos ni Dorados sino de la fuente de la vida eterna:

*Aquella eterna fonte está escondida
Que bien sé yo do tiene su manida
Aunque es de noche.
Su origen no lo sé pues no lo tiene,
Mas sé que todo origen de ella viene,
Aunque es de noche.
Sé que no puede ser cosa tan bella,
Y que cielos y tierra beben de ella,
Aunque es de noche.*

Pero leyendo la prosa declarativa del santo sabemos que se evade para retornar y que la fuga es sólo provisoria porque busca "el todo por la nada". Descubierta y conquistado el todo —"todo origen de ella viene"— se entiende que las cosas materiales, instrumento de su lenguaje simbólico, estén comprendidas dentro de aquél. He aquí cómo más que por evasión de la realidad, por inmersión de ésta dentro de la unidad de su pensamiento religioso logra dar a la rica variedad ontológica de sus poemas —sombras, luces, pastores, ninfas, gacelas, leones, vientos, montañas, abismos— el supremo temblor de lo arcano que tanto ha seducido a los críticos. La intensidad del sentimiento lírico se suma naturalmente para producir tan compleja sensación. Porque el misterio que vaga en las estrofas no es terrorífico ni alucinante pero sí solemne y patético, como que es el poeta del Siglo de Oro más transido de emoción. Está lejos de la contemplación neo-platónica —"mármol griego convertido al cristianismo"— y de la resurrección arcádica en las orillas del Tajo. Es un vórtice de ternura ávido de absorber todas las cosas para hacerlas partícipes del amor que Dios, a su vez, le ha comunicado a él:

*¡Oh si tu amor ardiese
Tanto que mis entrañas abrazase!
¡Oh si me derritiese!
¡Oh si ya me quemase,
y amor mi cuerpo y alma desatase!*

Lirismo tan apasionado, nunca cae en lo torrentoso ni excesivo y antes mide el mensaje poético con una precisión euclidiana. Su poesía, como la música de Ricardo Wagner, está destinada a ilustrar una gran construcción intelectual y por lo tanto se debe a ella con castigada pulcritud. Por eso afervora a los modernos estetas de la poesía pura que quieren redimir al poema de lo anecdótico, de la encajería retórica y reducirlo a sus nudas esencias.

San Juan de la Cruz tiene también un puesto de primer orden dentro de los prosistas de la áurea centuria. Al contrario de lo que sucede en su poesía que es el fruto de una paciente elaboración, su prosa es más inmediata y urgida por el esfuerzo didáctico y suasorio. No pertenece a la estirpe de Fray Luis de Granada que arquitectura las cláusulas ciceronianas sin mácula hasta caer en la afectación, sino a la de Cervantes que no se propone ningún alarde

sinfónico pero da en cambio la sensación de la riqueza surgente y natural, a pesar de las desarmonías, repeticiones o languideces pasajeras. Unamuno lo admira precisamente por esta dependencia instantánea de la palabra a la tensión interior y por aquella búsqueda del camino que realiza ya emprendida la elocución, lo que no es recomendable desde el punto de vista preceptivo, pero que debemos de admitir en el genio. “Tiene que dar rodeos, dice Unamuno, como un gavián en el aire sobre su presa, antes de coger la expresión más adecuada a sentimientos e ideas casi inexplicables en lengua humana”. En prosa y en verso es vehemente. Su espíritu se mantiene ardoroso y prefiere a los términos abstractos que no serían capaces de contener sus representaciones encendidas, las metáforas y comparaciones sensoriales. Por sutilísima gradación se adapta a los fines generales del tema; y así es reposado y grave, con la serenidad de una alta enseñanza, en la **Subida al Monte Carmelo**, tocado de penetrante melancolía que alcanza con frecuencia un sentido trágico y sublime en la **Noche Oscura**, trémulo, magnificante en el **Cántico Espiritual**, herido de profundo arrebato en la **Llama de Amor Viva**. Su obra en prosa se completa con las severas y corrientes **Sentencias** y con las **Cartas** en que la elevación de los asuntos no impide un delicioso abandono familiar, aquella sencilla conversación no exenta de originalidad y de elegancia que es la nota característica del gran estilo epistolar. Entre esas cartas sobresale la escrita a doña Ana del Mercado y Peñalosa, dándole cuenta de la gravedad de su salud, poco antes de morir, y que es una mezcla del reclamo del cuerpo llagado y de la aspiración infinita a la belleza y al amor que fueron la clave de su destino y su agonía.

He dicho.

Discurso de contestación del Director
de la Academia
D. José de la Riva-Agüero

Discurso de concentración del Ejército
de la Armada
D. José de la Rivera-Aguado

Señores:

Con esta sesión pública ejecuta hoy la Academia dos actos obligatorios y en verdad gratísimos: el solemne ingreso de D. José Jiménez Borja, electo hace ya tiempo, y la conmemoración cuatriseccular del gran poeta místico San Juan de la Cruz, cuyo elogio dicho recipiendario ha pronunciado.

El distinguido gramático y crítico Jiménez Borja nos tiene dadas muy lucidas pruebas de idoneidad y competencia, de agudeza y discernimiento certero en los dilatados campos de la literatura castellana, literatura fecunda, gloriosa y múltiple, que es deber de nuestra Corporación representar y cultivar. Ni es la menor de aquellas pruebas el discretísimo discurso que acabamos de oírle y aplaudirle, y dignamente se suma a sus conocidos y excelentes libros didácticos, y a sus tan finos y ágiles estudios sobre los antiguos poetas peruanos de la República, entre los que son de recordar singularmente los dedicados a Felipe Pardo, Juan de Arona y Luis B. Cisneros, y en lo relativo a clásicos de España, su notable tesis doctoral sobre D. Luis de Góngora. Como lo habreis observado, posee copioso y matizado léxico, que maneja con maestría. Al mismo tiempo, no se excede muy de sobra utilizando (según por fuerza lo practicamos todos) los extranjerismos y grecismos, que hacen de la época presente neolatina la fiel correspondencia o reflejo de esa abigarrada complejidad verbal generadora en el Occidente de la delicuescencia del siglo IV, y en el Oriente helénico, del avanzado período alejandrino, si acaso ya no entramos en el largo crepúsculo de Bizancio.

Jiménez Borja y yo somos académicos que aceptamos sin trepidar los neologismos necesarios, a veces meros arcaísmos remozados, en la histórica transformación de acontecimientos y sentimientos. Novedades o restauraciones idiomáticas indispensables y loables, si se usan con la parquedad debida. También coincidimos ambos en

principios capitales, de importancia harto mayor, contra el absurdo indigenismo radical. No tengo porqué ocultar que me alientan y corrobora sobremedida numerosas páginas de este mi amigo, en valiente defensa del hispanismo duradero, insubstituible raíz de nuestra cultura. Reaccionando contra la mortal plaga que nos abate, contra la fácil y pusilánime conformidad del medio a los alborotos y desmanes iconoclastas, Jiménez Borja ha formulado memorables y denodados juicios, por ejemplo sobre los denuestos a la exquisita obra de D. Felipe Pardo y Aliaga: "Interpretarla, escribe, como arma antiperuana es cometer una grosera falta de objetividad, una deformación más grave porque es consciente; y sólo se explica por el compromiso previo de procesar nuestra literatura con criterio marxista, obligándola a seguir la ruta estrecha de su madri-guera dialéctica. Conviene al indigenismo negar el valer civilizador, fundador y estético del Virreinato, y de cuanto se relacione con él, fomentando el antagonismo mañoso entre lo indígena, identificado a la peruanidad, y el resto de los otros elementos nacionales, que en consecuencia dejan de ser peruanos, y se convierten en extranjeros intrusos y feudales. Este indigenismo se interesa por la hegemonía de los aborígenes en todos los órdenes de la vida patria, con subordinación o aniquilamiento de la cultura hispana. Es la etapa de desvalijamiento intelectual, realizado casi impunemente por el marxismo" (1). Cuando leemos y saboreamos tales merecidísimas y contundentes frases de nuestro equilibrado y moderado colega, los que, como yo, hemos defendido de continuo la peruanidad razonable y total, integrante y armónica de las dos principales razas, y ajena a los feroces y suicidas exclusivismos, nos sentimos plenamente vengados y satisfechos.

Por la generación a que corresponde, Jiménez Borja ha sido en demasía benévolo para con el vanguardismo poético. Confiesa que en su juventud gustaba "del disparate lírico y la epilepsia tipográfica del versolibrismo" y sus desaforados continuadores. Mas la amplitud e indulgencia de criterio, nunca reñidas en él a la postre con la veracidad y la justificación, no llegan hasta desconocer "el escamoteo y la vaciedad" de los pseudos reformadores, que yo apellidaría, no ya "tenebrosos", sino inanes, frustrados por insignificantes y amorfos. Admite Jiménez Borja el impulso general que,

(1) J. Jiménez Borja, *Cien años de literatura y otros estudios críticos* (Lima, 1940), págs. 11, 12, 25 y 41.

por cansancio de esas naderías presuntuosas, lleva las letras al aprecio legítimo “de los dones de arreglo y transparencia” (Artículo de 1930 en el *Mercurio Peruano*). Sin embargo, de sus frecuentaciones con las letras modernísimas, ha derivado, entre otras ventajas, el desdén de lo trillado y manido, el amor a la espontaneidad y la frescura musicales, y asimismo la atracción por el símbolo y la alegoría, por lo inefable y misterioso, que alude y no insiste, que frisa, insinúa y sugiere. Todo esto le sirve a maravilla para estimar y admirar a nuestro insigne rememorado San Juan de la Cruz, sobre el que me deja muy poco por decir su tan cabal y selecto discurso.

El austerísimo y penitente fraile, de vida tan inculpable y mortificada, el místico árduo y recóndito, el pedagogo del desasimiento de los apetitos y la desnudez del alma, es en efecto uno de los cantores más efusivos y suspirantes, uno de los poetas eróticos a lo divino más anhelosos y embelesadores, encendidos y pintorescos, de la lujosa y cálida literatura española, y aun de toda la literatura universal. Ciertamente que en el fondo sus escasos versos no son en máxima parte sino paráfrasis del exuberante *Cantar de los Cantares*, colección de epitalamios hebreos con diálogos y coros, y concentrada esencia de los más embriagadores perfumes del Oriente (2). Pero en esa amplificación forzosa (ya que las traducciones literales de la Sagrada Escritura estaban por entonces prohibidas), el Santo desató y esparció la espléndida imaginación y la ardorosa sensibilidad de que su ciencia mística enseña laboriosamente a despojarnos. Tiene versos preciosistas, que por lo extraño e inédito de los epítetos, casi contradictorios, suenan a lirismo contemporáneo:

La música callada,

La soledad sonora.

En el más que la estrofa, que es la lira renacentista, muy bien aprendida en Boscán y Garcilaso, es el verso aislado, como en muchos poetas modernos, lo que suspende y enamora, y nos entreabre las puertas a la visión mágica. Hay versos nocturnos, aterciopelados, con la caricia tibia y balsámica de las suaves, centelleantes y enjovadas tinieblas andaluzas:

(2) P. Buzy en la *Revue Biblique*, 1940.—P. Colunga, *Sentidos del Cantar de los Cantares* (Ciencia tomista, 1923).

¡Oh noche amable más que la alborada!
La noche sosegada,
En par de los levantes de la aurora. . .
Dejando mi cuidado
Entre las azucenas olvidado. . .
Aquella eterna fuente está escondida. . .
Su claridad nunca es oscurecida
Aunque es de noche.

Hay otros versos matutinos y virginales, de limpidez y tersura incomparables, que hacen recordar los más delicados del Dante en el **Purgatorio** y el **Infierno**. Podríamos llamarlos mediterráneos y clásicos, de humanismo greco-romano, esculpidos en alabastro sobre el ocre fondo semita, como si la España de entonces repitiera la coloreada mistión de la antigua Asia helenizada o del Africa latina. **Los semblantes plateados de la fuente** son dignos del mejor de los idilios siracusanos.

Su gracia en mí tus ojos imprimían

resbala blando, como caído de la más nítida égloga garcilasista.

Los valles solitarios nemorosos. . .
Ven Austro, que recuerdas los amores. . . .
El mosto de granadas gustaremos. . .
En un claro, lumbroso y fresco día. . .
La llama que consume y no da pena. . . .
¡Oh lámparas de fuego,
En cuyos resplandores
Las profundas cavernas del sentido,
Calor y luz dan junto a su queridol

El que ha compuesto canciones tan hondas, apasionadas y vibrantes, era un gran artista. Nada importan leves descuidos de eufonía y caídas de ejecución. Forman al contrario una belleza más, con su ingenuidad primitiva y libérrima. A su lado parecen vulgares las adobadas poesías devotas que Malon de Chaide intercaló en la **Magdalena**; y estoy por decir que hasta palidece la vena limpia y mansa del horaciano y platónico Fray Luis de León. Ambos egregios, el agustino Fray Luis y el carmelitano Fray Juan, fueron a-

mantes fervorosos de la música y del campo, el uno de sus huertos salmantinos y castellanos, el otro de los cármenes fragantes que rodeaban sus prioratos andaluces. Ambos fueron escriturarios y exégetas, prendados de la poesía hebraica, y en especial del **Cantar de los Cantares** y del libro de Job, que el primero tradujo; discípulos de la filosofía mística neoplatónica, mediante el Falso Areopagita, en quien los dos se inspiraron. Fray Luis manifestó simpatía por San Juan de la Cruz y sus obras; y consta que lo apoyó contra las durezas autoritarias del famoso Fray Nicolás Doria, que pretendía innovar la regla de Santa Teresa, inspiradora de la reforma del Carmelo y madre espiritual de nuestro Santo, y de cuyos escritos fué Fray Luis perpetuo apologista. A más de estas seguras conexiones, la leyenda pretende que San Juan de la Cruz fué alumno de Fray Luis en Salamanca. La cronología no lo impide, pero no lo sabemos de cierto. Sólo sabemos que lo fué de manera indirecta, por los amigos y compañeros de Fray Luis, el Maestro Gaspar de Grajal, que enseñó a San Juan de la Cruz, Sagrada Escritura, y el agustino Fray Juan de Guevara, del que aprendió lecciones de Teología, en la Cátedra de Visperas de la misma Universidad salmantina. A pesar de estos influjos, resaltan las diferencias. Fray Luis, el sosegado autor de los plácidos y amenos **Nombres de Cristo**, se quedó de filósofo platonizante y cristiano meramente ascético, vueltos los ojos curiosos y cautos al atávico Oriente, clásico y bíblico, y al rielar de las estrellas sobre el mar tradicional de la cultura. Bisnieto de judío, heredó el cosmopolitismo de la raza que aprovecha de los frutos y sistemas de todas las naciones. En cambio, el hijo de los tejedores toledanos resultó castizo ibero; y atravesando la noche oscura y trepando hasta la cumbre del Carmelo fragoso, dejando de lado los medios racionales y discursivos, con ímpetu sobrehumano se alzó al seno de lo Absoluto. Con esa misma vertiginosa intemporalidad, con ese su volar aquilino y extático, descubrió el temple y carácter de su españolísima estirpe. Fray Luis de León es la Roma castellana, o sea la dorada Salamanca, henchida de estudiantes forasteros y de labrados edificios platerescos, decorados con guirnaldas y estatuas del Renacimiento y del gótico florido. Es el ancho Tormes, con alamedas y parrales de bien compuesta sobriedad. San Juan de la Cruz es un claustro caluroso de Andalucía, cegador por el encalado, los azulejos y el añil de las paredes; y en lo interno, las celdas humildes y desnudas, frescas, penumbrosas y cerradas. Es su convento granadino de los Mártires, entre el arrabal

moro de Antequeruela, semejante a los de Fez y Marruecos, y las filigranas de la Alhambra y el Generalife, cuyas inscripciones cúficas pregonan sobre los alicatados las alabanzas de Dios. No faltan monumentos clásicos; mas por cima de sus moles racionales y marmóreas, atraen la atención los funerarios cipreses religiosos que en los jardines moriscos se afilan hacia la luz del cielo, como una plegaria. Enfrente, al otro lado del Darro, en la cuesta de la Alacaba, hubo en el siglo XIII un monasterio musulmán, un **rabat** de morabitos o **sufies**, vestidos de lana, que sutilizaron el quietismo del **tawakul** y del **faná**. Quedan todavía, rezagados allí, los últimos poseedores del inefable secreto: la octogenaria Mora de Ubeda y el Mancebo de Arévalo, postreros ecos de los faquires. Cantan los surtidores, borbotando en las albercas; y vibra en el bochorno del aire una sollozante endecha arábiga. Más allá del Albaicín y de la Puerta de Eivira, se yergue el Convento de la Cartuja, que el churriguerismo del siglo XVII recargará con un boato semejante al arte indostano o a las fantasías de los **alumbrados**. La gravedad y circunspección del regenerador del Carmelo, se aparta de aquellos desvíos; y lo mantiene prevenido, rígido y vigilante, en la altura contrapuesta, bajo los cedros que ha plantado, cabe los conquistados alcázares mahometanos y la capilla expiatoria construída por Doña Isabel la Católica, en la montaña regada con la sangre de los cristianos cautivos, y del sabio y mártir Obispo San Pedro Pascual. Fiel como ellos a su fe y a su raza, defiende incólume, hasta en sus mayores raptos e inmersiones en la Unidad divina, contra panteísmo e islamismo, la trascendencia o esencial separación entre Dios y las criaturas, y la distinción de personas en la Trinidad, "escondida en el alma", como lo más íntimo y profundo del Supremo Sér (3).

Sería muy errada opinión la que reputara a San Juan de la Cruz indocto en ciencias humanas, por haber preferido la sobrenatural o mística. Comprobado está que fué muy experto filósofo escolástico, según era de suponer por haber desempeñado los cargos de Rector del Colegio de San Cirilo en la Universidad de Alcalá de Henares, y del de Baeza, donde igualmente existía Universidad. Para demostrar su eminencia intelectual respecto a sus coetáneos y su casi profética perspicacia, bastará decir que era copernicano, pues declara muy paladinamente que "la Tierra se mueve", anticipándose a Ga-

(3) **Subida al Carmelo**, Libro II, cap. VII.—**Cántico espiritual**, **Declaración de la canción primera**.

lileo (4). En Filosofía y Teología, se ajustó casi siempre con estricta fidelidad a Santo Tomás de Aquino, conforme a las muy conocidas tendencias de la orden carmelitana, en todo adicta a las doctrinas de la de Santo Domingo, desde la reforma de Santa Teresa, y que después las ratificó en el conocidísimo **Curso Salmanticense** (1631), palpable testimonio de tomismo integral y aun literal. A fuer de tomista, tenía que anteponer Aristóteles a Platón. Así lo hace de hecho, refutando la teoría de las ideas innatas, y lo que es más de notar, la dialéctica y estética de ascender de la bondad y belleza de las cosas a Dios. Se hallaba entonces muy valido este aspecto del platonismo, que denominaremos común o exotérico, desde Marsilio Ficino y León el Hebreo hasta los dos ascéticos Luises. En contraste, San Juan de la Cruz desahucia tan cómodo y halagüeño camino "de ir a Dios por lo dulce". Siente más que nadie la alteza e incomprendibilidad divinas: "No hay escalera con que el entendimiento pueda llegar a este Alto Señor. Antes es necesario saber que si el entendimiento se quisiese aprovechar de todas estas cosas o de alguna de ellas como medio próximo para tal unión, no sólo le serían de impedimento, pero aún le podrían ser ocasión de hartos errores y engaños en la subida de este monte... Para venir el alma a unirse con Dios ha de carecer primero de todo apetito de voluntad... Para esta divina unión ha de quedar el entendimiento vacío y desnudo. Nada es semejante a aquella serena y limpia luz, velada por las formas de las criaturas... El alma se resuelve en nada, siendo como si todas las cosas no fuesen" (5).

Mucho debió de costarle renuncia tan heroica a quien, como Fray Juan, amaba tanto la poesía y la naturaleza; y consideraba, según sus biógrafos, penitencia dura abstenerse de ver edificios hermosos. Pero juzgaba indispensable la absoluta abnegación de los sentidos, hasta de las más inocentes diversiones y más lícitas imágenes. Si en esto no iba de acuerdo con los platónicos al uso, recreativos y mundanos, en cambio se aproximaba al sentir de Plotino, el primordial de los neoplatónicos, que propone en sus **Enéadas** algo muy semejante, despreciando todas las apariencias materia-

(4) **Llama de amor viva**, Comentario a la canción cuarta. Ed. P. Gerardo.

(5) **Subida al monte Carmelo**, Libro I, cap. XI; Libro II, caps. VII, VIII y XIII.—**Cántico espiritual**, **Declaración de la canción primera**.

les, y poniendo por encima de los caminos de la razón la purificación o catarsis y el éxtasis unitivo, ni intelectual ni inteligible (6).

Ha de entenderse que al persuadir San Juan de la Cruz el aniquilamiento de afectos e ideas, se refiere a los grados superiores de la oración, a los estados místicos eminentes, para los que el discurso estorba. No deja en ello de convenir también con el propio Santo Tomás, quien textualmente dijo: "Lo que se mueve por instinto de Dios no ha de aconsejarse siguiendo la razón humana, pues se mueve por mejor principio". Expone además San Juan de la Cruz que la mística es vía extraordinaria; que la contemplación infusa es del todo pasiva, e independiente de la especulación racional; y que él no escribe para los místicos principiantes, "sino para los perfectos, como frailes y monjas, ya desnudos de cosas temporales". Al explicar en lo posible esta excelsa disciplina, se ayudará de experiencia y ciencia, y del divino favor; porque en la mística concurren la contemplación y la voluntad, el amor y el conocimiento. De este modo concilia por sincretismo los dos pareceres de las escuelas tomista y franciscana. Para los primeros grados, concede y recomienda la meditación con imágenes, los ejercicios discursivos con diversidad de especies sensibles, lo que se llamó en suma composición de lugar en los de San Ignacio. Mas luego, despidiéndose de los **mensajeros**, o sean "los rastros divino en lo creado", y pasando por las que intitula **tres noches del alma**, y por sus sequedades y desamparos, que con honda psicología analiza, los que aspiran a la perfección han de ir despojándose de sentimientos y noticias, y arribar a la contemplación quieta y pacífica "para que hable Dios en esta paz de soledad. Entonces lucirá el sol claro, Dios entrara en el alma vacía y la llenará de bienes".

El Falso Areopagita, muy neoplatónico (según lo reconoció el mismo Cardenal de Cusa), fué autor favorito de San Juan de la Cruz, quien lo menciona a menudo, aun cuando no suele indicar sus fuentes. Pero hasta en su proceso de canonización se atestigua la predilección en que tuvo los tratados del dicho pseudo Areopagita. Asimismo platónico, el Beato Juan de Ruisebroquio, titulado el Admirable, Prior agustino de Vauvert junto a Bruselas en el siglo XIV, amigo y maestro del dominicano de Estrasburgo Taulero, se cuenta entre los escritores místicos que parecen haber inspirado a nuestro santo. Opiniones y metáforas del bienaventurado flamenco hallan

(6) Porfirio, **Vida de Plotino**, cap. XXIII.

eco en las páginas del castellano. No es de extrañar que tal sea. La mística española, en toda la primera mitad del siglo XVI, aparece dócil alumna de la germana, que naturalmente incluía a la sazón las escuelas de los Países Bajos, Brabante y Alsacia. Recuérdese que España ha sido de continuo el campo de batalla o, lo que viene a ser lo mismo, la confluencia de las imitaciones nórdicas europeas y de las semitas de Asia y Africa.

Derivada en lo humano de tan escogidos orígenes filosóficos, y en lo divino de contemplación tan acendrada y soberana, la religiosidad mística de San Juan de la Cruz fué enemiga de la superstición y de la credulidad nimia. Lo certifican hechos de su vida y pasajes de sus escritos. Desconfiaba de las devociones milagreras, de las visiones, avisos y estigmas, y de la interpretación aparente de las profecías. Aunque muy ascético, moderó los excesivos ayunos de sus frailes; y nos explica: "Es de llorar la ignorancia de algunos, que se cargan de desordenadas penitencias y desordenados ejercicios voluntarios, poniendo en ellos su confianza y pensando que han de ser suficientes, sin mortificar los apetitos" (7). Sus reflexiones desgarradoras sobre la infelicidad y miseria de los deseos humanos saben a Schopenhauer, Leopardi y Quental; mas ¿a qué emparejarlo a este propósito con los pesimistas heterodojos del pasado siglo, cuando para su santa amargura dispuso el Doctor carmelita de manantiales tan divinamente acerbos como el Libro de Job y el Eclesiastés? Predicador del desengaño y del renunciamiento fué, como acostumbran los místicos, hombre de propaganda, organización y combate, más impávido cuanto más abnegado. Bien lo acreditan sus fundaciones, y haberlo escogido Santa Teresa principal auxiliar para la penosa reforma de la Orden. Sus gobiernos, en los cenobios que como prior rigió, fueron de energía y prudencia ejemplares. Resistió sin vacilar a sus mismos superiores, siempre que la conciencia se lo impuso; y por ello se atrajo largas persecuciones y durísimas cárceles. A los nueve meses de hambre y bárbaras flagelaciones, dentro de una mazmorra monástica de Toledo, en que lo torturaban los renitentes a la estrictez de la regla, se descolgó, por un milagro de arrojo, al precipicio sobre el río Tajo, junto al Zocodover, y se refugió en el Hospital de Santa Cruz, al amparo de D. Pedro de Mendoza, deudo del antiguo Gran Cardenal y del Obispo de Avila, el amigo de Santa Teresa. Ya al fin de sus breves y fatigados días,

(7) **Subida al Carmelo**, Libro I, cap. VIII.

hubo de padecer la hostilidad del áspero Vicario General Fray Nicolás Doria, genovés que hasta cerca de los cuarenta años fué banquero en Sevilla, y que lo despojó de todos sus cargos conventuales y se disponía a quitarle el hábito, por haber aceptado que en un conflicto se acudiera directamente a la suprema autoridad del Papa. Cuando hace pocas semanas celebrábamos su fiesta en el criollo convento del Carmen, fundado en Lima el siglo XVII por una Doria, de la familia del que fué su último azote, pensaba yo en esta coincidencia y en los altos juicios de Dios, que aun en mínimos por menores glorifica a sus siervos.

Sus mayores obras, que en vida corrieron manuscritas, se imprimieron póstumas en 1618, a los veintisiete años de muerto. Enorme resonancia consiguieron dentro y fuera de España. Y esa resonancia no se extingue, con las tres centurias transcurridas, sino que hasta en esta edad escéptica aumenta, como lo prueba la multiplicación de intérpretes y glosas. Muchos iluminados las han adoptado por guía de sus íntimas experiencias, verbigracia la reciente Santa Teresa de Lisieux. En el Perú, no habiendo hasta hace poco religiosos carmelitas varones, su difusión no fué tanta como en otras comarcas hispánicas; y eso que alcanzamos en el Virreinato un florecimiento místico que yo vanamente negué en uno de mis atropellados y descarriados libros juveniles. Lo que me indujo en error fué la confusión, que todavía sigue cometiéndose, entre escritores místicos y meramente ascéticos. Pero ningún investigador histórico bien informado ha de disputar el título de místico de primera clase al jesuíta Diego Alvarez de Paz, de ordinario en nuestras reseñas malamente preterido, toledano que estudió y vivió en el Perú, fué Catedrático y Provincial de la Compañía en Lima, y cuyos infolios se publicaron en Europa. Nuestra Santa Rosa debió de conocerlo y consultarlo de viva voz, pues coincide con él en la clasificación de los grados contemplativos, según es de ver en los croquis y apuntamientos de la santa, reveladores de consumada ciencia infusa, y hallados por el P. Getino en el viejo monasterio de monjas limeño, dedicado a nuestra nacional Patrona. El Beato Fray Juan Masías, aunque menos instruído que Santa Rosa, seguía en cambio de preferencia la dirección del bienaventurado alemán Enrique Suso. Cuanto a cultivadores de la mística peruana, hablé hace años en este mismo local del ingenuo franciscano Fray Juan de Peralta, cuyos versos corresponden a la primera mitad del siglo XVIII, y que vivió en los Descalzos de Lima, y en los conventos de Huaraz

y Pisco. Y si después, por el general desmayo y acidia del ambiente, no ha vuelto a despuntar entre nosotros la exquisita y celestial florescencia de la poesía mística, no ha de afirmarse lo mismo de las vecinas repúblicas hermanas, pues en Colombia tenemos a D. Mario Carbajal, imitador felicísimo de la **Noche obscura** y de las **Canciones del alma**. Ojalá que los insuperables sonetos del colombiano y su **Escala de Jacob** nos enseñen cuán provechosa puede ser, para vivificar a nuestros literatos, la afición asidua a las estrofas de San Juan de la Cruz.

Pero muchísimo más que primores literarios debemos aprender en la vida y las páginas del angélico carmelita, del extático Doctor de la Iglesia, cuya rememoración hoy nos congrega. En esta época baja y triste, de materialismo exacerbado y ruin, de practicismo grosero y zafio, mil veces desolador, ciego y mortal, San Juan de la Cruz nos redime y nos edifica, mostrándonos con su palabra y su ejemplo a todos, tanto a la plebe de los incrédulos, pobres esclavos afanosos de la frívola agitación, de la codicia y del instante, como a! no menos cuitado y servil vulgo de los católicos laxos y pseudo modernos, que ni siquiera aciertan a comprender los más terminantes pasajes del Evangelio, la dignidad y superioridad inefables de la contemplación, la sublime ascensión transfigurante del pensamiento, la necesidad y belleza de la perfección acrisolada, el heroísmo de la intuición mística, que penetra la raíz y palpa el sostén del Universo, se sumerge en el insondable océano divino del Ser, y patentiza la infinita alteza y la radiosa eternidad del Espíritu.

Discurso del Excmo. Sr. Nuncio Apostólico
Mons. Fernando Cento

Et creavit Deus hominem ad imaginem
suam: ad imaginem Dei creavit illum.
"Y Dios creó al hombre a su imagen,
lo creó a semejanza de Dios". (Gén.
1, 27).

No hay palabras en la Sagrada Escritura que más de las citadas puedan ensalzar a ese pequeño ser, viajero perdido en un punto minúsculo del espacio: pequeño, sí, pero a la vez grande, por lo mismo que, según el texto inspirado, lleva grabada en sí la imagen de su Hacedor, sobrado motivo para él de legítimo orgullo.

Entre las criaturas sin número que pueblan el universo, brotadas de la nada como por efecto de un juego divino, solamente el **homo-sapiens** ostenta un casi reflejo del Eterno.

Habrán otras más imponentes o más ágiles o más fuertes: ninguna, empero, entre ellas posee ese único, soberano, incomparable sello de nobleza.

De suyo tal semejanza es en nosotros más o menos clara y perspicua, conforme es mayor o menor la potencia del talento y la perfección de la virtud, los dos quilates que más nos aproximan a Dios.

Hay en tal graduación como dos puntos límites: diríase, en unos infelices, algo ofuscada o borrada esa imagen divina, ya sea por congénita deficiencia, cual en los idiotas, ya sea por imputable perversión, cual en los criminales.

Parece, en cambio, que el Todopoderoso se nos revela con brillo fulgurante en ciertas figuras excepcionales, flor y nata de la humanidad, en quienes se cumplió

*Del Creator suo spirito
Piú vasta orma stampar.*

(Manzoni).

Son los genios y los santos, eminencias gloriosas de nuestra estirpe.

¡Los genios! Cóndores del pensamiento, desgarran, con gesto atrevido, los velos del misterio y producen, para solaz inefable de los demás, estupendas maravillas, destinadas a desafiar la labor destructora del tiempo.

Y los santos, las obras maestras, esto es, de Dios en el orden de la gracia, los que, por derecho propio, se colocan en la cúspide más excelsa de los valores.

Si el genio, en efecto, asombra, la santidad conmueve; si el genio infunde respeto, la santidad impone reverencia; si frente al genio nos inclinamos, frente a la santidad nos arrodillamos, pues aquél es un don gratuito y ésta una conquista meritoria.

No todos los genios ¡ay! son santos, ni todos los santos son genios: mas existe un reducido número de privilegiadísimos, en los que, felizmente, esas dos aureolas se funden en una.

Raras son tales apariciones: a la manera que los milagros, intervención directa de la omnipotencia divina, son acontecimientos singulares que se sobreponen a la serie de los hechos normales, asimismo, los genios santos son regalos con que sólo de cuando en cuando obsequia el Señor al linaje de Adán, cuya aristocracia suprema representan, pues en ellos la imagen del Altísimo cobra su máximo esplendor.

Uno de tales genios-santos, pasmo de los siglos, blasón de España inmortal, estrella de primerísima magnitud en el firmamento de la Iglesia, es San Juan de la Cruz, digno hijo y digno padre espiritual de Teresa la sublime.

No es popular este Santo, hay que reconocerlo, quizás por razón de su misma altura. En una cadena de montañas, los picachos más encumbrados están solitarios; y ha cantado un poeta vuestro, peruanos:

*Para cruzar por el azul del cielo,
los gorriones se juntan en bandadas,
en tanto que las águilas van solas.*

(Chocano).

Sería tal vez, escribe un carmelita, porque la enorme cruz con que lo pintan los artistas despierta temor y terror, pues no saben las turbas concebir, ni mucho menos saborear, la dulzura que de ella destila.

Esa dulzura de la Cruz fué el licor embriagante con que apagó su sed el frailecito de Fontiveros, quien cuando Cristo le pre-

guntó: “¿Qué premio quieres por lo que por Mí has hecho y padecido?”, respondió con heroísmo sobrehumano: “Padecer, Señor, y ser menospreciado por Vos”.

Su sistema de ascética fué de los más austeros y extremados: guerra incesante a los sentidos, plena renuncia a los deleites terrenales, mortificación total en lo interior y exterior, desasimiento completo de las cosas efímeras, absoluta desnudez de cuanto no es Dios.

“Siempre inclinarse —así él lo hizo y así nos exhorta— no a lo más fácil, sino a lo más dificultoso; no a lo más sabroso, sino a lo más desabrido; no a lo más gustoso, sino antes a lo que da menos gusto; no a lo que es consuelo, sino antes al desconsuelo; no a lo más, sino a lo menos; no a lo más alto y precioso, sino a lo más bajo y despreciado; no a lo que es querer algo, sino a no querer nada”. (Sub. lib. I, cap. XIII, v. 6).

¡Nada! He aquí la tremenda, categórica, formidable palabra, que Juan de la Cruz lanza como un ultimatum a la flaca naturaleza.

Cristaliza en ella un programa que puede dar escalofrío a los pusilánimes, pero cuya realización permite romper las cadenas y tomar las alas, pisotear lo caduco y elevarse hacia lo imperecedero, perderse, en suma, y hundirse beatíficamente en Dios: no es, pues, la nada por la nada, como en ciertas desoladas y trágicas formas de pseudomisticismo oriental, sino la nada por el Todo.

La ascética de San Juan de la Cruz no es finalidad de sí misma, antes bien escala hacia la unión mística, hasta el grado más íntimo alcanzable en este destierro, por efecto del cual, según él lo dice en verso de oro, queda

Amada en el Amado transformada.

Ese doble camino recorrió el Santo, con ímpetu sin par. Fué inexorablemente severo para sí mismo, con inflexibilidad muy propia de español, pues los hijos de la nación cruzada desdeñan lo mediocre y nunca se pagan de transacciones. Dios, por su parte, le hizo gozar anticipadas en la tierra las delicias del Empíreo, con los dones imponderables de la contemplación infusa, cuyo itinerario nos traza en lenguaje más angelical que humano; y no como quien habla de cosas lejanas o de países desconocidos, sino como el que, en raudó vuelo, ha medido aquellas rutas y visto de cerca aquellos horizontes.

No es aventurado ni exagerado afirmar que fué la suya una de las almas más endiosadas que haya habido en el mundo y que ninguna lengua mortal habló con acentos más subidos de las realidades divinas.

¿Cómo no exaltarse de rendida admiración y veneración profunda, ante ese Santo de talla tan recia y de tan acerado temple? ¿Cómo no reconocer en él una de las imágenes más acabadas de Quien es sabiduría y bondad infinitas?

Estériles, con todo, serían esa admiración y esa veneración, si a ellas no se uniera el anhelo de seguirle, aunque a distancia, en sus ascensiones.

¿Que nos falta alientos? ¿Que nos aplasta el peso de nuestra miseria? ¿Que la senda escarpada por la cual deberíamos trepar nos da vértigo?

Soseguémonos, Juan de la Cruz es, ante todo y sobre todo, el Santo del Amor y el Doctor del Amor... Luego, ¿quién nos impedirá amar al Unico Amante y Unico Amable?

Cífrase en la caridad la plenitud de la Ley y la síntesis de toda santidad. Sea, pues, el amor divino nuestra dulce y tormentosa ansia, sea vida de nuestra vida, así como lo fué para el ínclito Reformador del Carmelo.

Suya es esta diamantina, sapientísima sentencia, que formó el encanto de Santa Teresita: "Es más precioso delante de Dios y del alma un poquito de puro amor y más provecho hace a la Iglesia, aunque parece que no hace nada, que todas esas otras obras juntas". (Cant. estr. XXIX, n. 2).

No podría el Santo darnos merced más apetecible, que una chispa siquiera del fuego por el cual fué abrasado como en un incendio devorador.

Poco se ama hoy a Dios, y poco, por consiguiente, se aman los hombres entre sí, antes se detestan, se odian y se combaten a modo de fieras.

Coincide el IV centenario del nacimiento del príncipe de los místicos con la época sin duda alguna más trágica de la historia, cuando, en cielo, tierra y mar, los descendientes de Caín se destrozan con furia implacable.

En mala época, por cierto, conmemórase tan clásica fecha, pues el estruendo horrible y asolador de los cañones no es nada propicio para que logre escucharse la voz de los Santos.

Sin embargo, en esta hora, precisamente, de desbarajuste y desquiciamiento universales, sentimos más apremiante que nunca la falta que nos hacen, ellos que, en frase de un escritor eclesiástico, son la médula del mundo: **Medulla hujus mundi sunt homines sancti**; ellos que, como asienta tan acertadamente Fray Luis de León, “ponen en ejecución la más alta y generosa filosofía que nunca los hombres imaginaron”.

“El mundo, ha dejado escrito Vásquez de Mella, no se salvará ni por los políticos ni por los guerreros: al mundo sólo lo salvan los Santos”. Y, casi haciéndole eco, anota un brillante publicista francés, Guy Chastel: “Le dernier mot, dans ce monde, ne doit pas res-teur aux puissants, mais aux Saints”.

¡Ay de todos, si esto no fuera! Tendríamos que desesperar de lo porvenir, lo que a ninguno es lícito y menos a los católicos, cuya concepción general de la vida les impone un fondo, no de negro, inconsolable pesimismo, sino de razonable, justificado optimismo.

“La crisis de nuestra civilización, que culmina actualmente en la guerra —así lo afirma la declaración final del Seminario Católico Interamericano, celebrado últimamente en los Estados Unidos— es, ante todo, dolencia moral, derivada de un falso concepto del hombre y del olvido práctico de su origen, de su destino y de su misión en la tierra”.

Diagnóstico de precisión matemática.

Necesitamos, para que tal crisis se resuelva saludablemente, una restauración cristiana integral, en la vida de los individuos y saje de Cristo, debelar las tres hidras infernales que amenazan cuando las colectividades; necesitamos, con la actuación plena del mento dignifica nuestra existencia: la fuerza brutal que pretende sustituirse al derecho, el placer que tiende a abolir el deber, el orgullo que aspira sacrílegamente a suplantar al mismo Dios.

Ahora bien, ningunc más gallarda y eficazmente puede contrarrestar esos brotes demoníacos, como los Santos, auténticos prohombres y superhombres, cuyas ejecutorias, trasunto fiel del Evangelio, llevado a la práctica en la más cabal forma, tienen la virtud, superior a todos los libros, a todos los discursos y a todos los resortes de la ciencia y de la potencia humanas, de sacudir, de conmover, de arrastrar y de rehabilitar, pues Dios se trasluce en ellos y obra por medio de ellos.

Si esto es inobjetable, cual conclusión de la presente ceremonia, que no ha de ceñirse a matices puramente literarios, pues sería

entonces poco adecuada y acepta al celeste homenajeado y de escasa utilidad para nosotros, en nombre mío y en nombre vuestro, al Dios tres veces Santo elevo una plegaria fervorosa, que sale del fondo de mi corazón:

Señor, que hiciste curables y redimibles a pueblos y naciones, por las entrañas de tu misericordia infinita, concédenos todavía Santos como Juan de la Cruz, para edificación y salud de la extraviada humanidad.

